



# Darrare la boquería\*

Sebastián Gómez Ruiz\*\*

Fecha de recibido: marzo de 2013. Fecha de aprobación: julio de 2013

Pongámonos en contexto. Barcelona tiene mil caras, Barcelona tiene mil caras, ¿cómo? Digo algo repetitivo. Por supuesto que tiene mil caras (y lo digo de nuevo). Paro un segundo, respiro, expiro y trato de no repetirme... Todo el mundo quiere venir a Barcelona, los turistas la aman, dicen que es la ciudad más europea de España ¿Alguien sabe qué significa eso? Todavía no lo sé. Por las ramblas se pasea su diversidad: los guiris, los sudacas y los moros<sup>1</sup> (Pérez, 2009); también hay uno que otro catalán (la verdad yo conozco pocos). A mí no me ha tocado vivir la Barcelona guapa, la ciudad de Gaudí y del Barça. El esplendor de la ciudad se me derrumbó el año pasado cuando empezaron a cobrar 8 euros para entrar al Park Guell, que antes era gratis ¿La crisis? Bueno, supongo que la administración de lo que fue una donación del famoso empresario catalán al Ayuntamiento no es asunto mío. Tampoco he ido de compras por Passeig de Gràcia. Por momentos Barcelona parece una ciudad privada. Así que me quedé en El Raval, donde viven los inmigrantes y puedo conseguir un *Durum Kebab* por 3,50. Tampoco es que vivir en El Raval sea muy original; por el contrario, respondo al típico proceso de gentrificación (Franquesa, 2007) donde una clase media de estudiantes e intelectuales emergentes se reubican en un barrio de interés cultural revalorizándolo, encareciéndolo y haciendo que las personas que están allí por años tengan que desalojar el lugar Yo también soy un número más, un engranaje, una tuerca de esta Barcelona que por momentos siento tan propia y tan ajena.

Y es en El Raval, donde se encuentra el famoso Mercat de Sant Josep o más conocido como La Boquería, inaugurado en 1840, insignia de los catalanes y lugar de peregrinaje de los turistas que desfilan por sus estantes (Robles, 2010). Allí podrás encontrar de todo: bocadillos, guanábanas, empanadas, jamón serrano y tiburón. La Boquería es el espacio del mirón, el que busca sabores, texturas y olores, el mercado para el que quiere chismosear y acercarse al mundo con los sentidos. La Boquería es la catalanidad en sus más ricos excesos y también en lo que esconde. En la entrada están los turistas tomando fotos y comiendo cucuruchos de chorizo y de fruta para los más saludables. Si caminas más al fondo te darás cuenta de que muchos de los estantes se encuentran cerrados. A pesar de que La Boquería es uno de los mercados más emblemáticos de Barcelona, las tiendas se han ido cerrando por la crisis. Para los turistas no resulta tan atractivo ir hasta al fondo a hacer compras.

En La Boquería trabajan catalanes, españoles de otras provincias y suramericanos. Joel es peruano, tiene más o menos 36 años y se encarga de recoger la basura de los locales y limpiar los basureros de 5 a 10 de la noche. Lleva viviendo más de ocho años en Barcelona y solo “*parla una mica de català*”<sup>2</sup>, como muchos suramericanos —incluyéndome—. Joel recoge la basura y llama a todos por su nacionalidad:

\* Detrás de la boquería. Está crónica es parte del trabajo de investigación del documental *Crudo* (2014).

\*\* Máster en Antropología Visual, de la Universitat de Barcelona.

<sup>1</sup> Modos de enunciar la alteridad en Barcelona: Guiris: turistas blancos y japoneses, Sudacas: Suramericanos, Moros: Personas de color moreno del medio oriente (paquistanes, indios, etc).

<sup>2</sup> “Habla un poco catalán”.

“Ecuador, ¿cómo estás?”, “Italia, ¿cómo vas?, *tutto bene*”<sup>3</sup>. “¿Si sabes, Colombia, que nos van a quitar la visa?”. Joel es un tipo amable y todos en La Boquería lo conocen. A eso de las 8 de la noche, cuando Joel lleva la basura, llegan los recicladores de comida. Con su aire siempre bonachón y amable, Joel saluda a los que conoce.

Las personas que se reúnen a las afueras del basurero de la Boquería son de diferentes países: Italia, España Estados Unidos, Senegal, Uruguay, Noruega, Colombia, etc. Se hablan todos los idiomas y por un momento la comida es un centro de reunión. “¿Cómo te vas a comer esos tomates?”, “con esas ostras me hago una paella de puta madre”, “con los huesos se puede hacer una sopa que flipas”. Mientras esperan, sale la fruta picada y los “cucuruchos” de croqueta de pescado para comer mientras se espera en el frío del invierno. La gente se fuma un cigarrillo y algunos ayudan a Joel a botar la basura. Por un momento, el basurero de La Boquería se vuelve un lugar cosmopolita. No importa si eres vegetariano, carnívoro o vegano; si eres español, africano o suramericano. Por unas horas las personas comparten, se organizan, clasifican y reparten los “desechos” del mercado.

Joel saluda a los que conoce con el gesto de un puño y a los otros por su nacionalidad: “¿Uruguay, como van las cosas?”. Joel conoce a Karina desde hace unos años y ella es una de las personas que casi siempre se encuentra en el basurero estableciendo “las reglas” a los nuevos recicladores que se acercan. Karina es uruguaya, tiene 49 años y lleva en Barcelona 11 años. Hace unos años perdió todo: su pareja, el piso, el dinero y las fotos de su natal Uruguay. Karina va casi todos los días a reciclar a La Boquería, pero otros días deja de ir: “todo cansa”, dice ella, “un día voy toda la semana y otra dejo de ir de repente”. “Uruguay”, como le dice Joel, conoce a todos en La Boquería y se ha ganado el cariño y el respeto, tanto de los trabajadores como de los recicladores. Vive en una asociación para gente sin techo, donde no puede recibir visitas. Tuvo que vivir, como muchos, en la crisis en la calle, pero ahora su situación parece

mejorar. Ya arregló el problema de los papeles y mientras tanto busca trabajo (que cada vez es más difícil). “Yo creo que me regreso a Uruguay. Allá hay más trabajo y vos, ¿regresas a Colombia?” Ahora pasa el tiempo entre los talleres del colectivo Permacultura Barcelona con el que participa en actividades en la okupa Can Masdeu y en otros espacios de El Raval.

Can Masdeu es un centro social ocupado, en medio de la montaña en el parque de la Collserola. Es un espacio de resistencia, de autogestión y de experimentación en la organización social. Junto con el barrio han desarrollado proyectos de comedores comunitarios y huertas urbanas. Barcelona ha sido un foco importante para el anarquismo durante el siglo XX, desde la Guerra Civil Española (Ibáñez, 2014) y Can Masdeu es un ejemplo de cooperación, organización y gestión, en el que trabajan anarquistas de diferentes nacionalidades. El ayuntamiento de Barcelona ha intentado desocuparlos varias veces, pero los habitantes de Can Masdeu han contado con el apoyo de la comunidad barrial. Su éxito ha consistido, precisamente, en integrar diferentes sectores sociales, que miran en Can Masdeu un ejemplo de organización no estatal.

Karina, va a Can Masdeu los jueves y los domingos, y allí ayuda a cultivar y participa en las actividades que desarrollan como parte del colectivo Permacultura Barcelona. Karina no recibe dinero a cambio. Un día le pregunté por qué no le pagaban y ella respondió: “estamos acostumbrados a que todo trabajo nos lo paguen con dinero, a veces uno hace las cosas por el gusto de dar. Lo importantes es que es un trabajo comunitario para el colectivo”. La pregunta que le hacía a Karina, indirectamente, partía de una idea de trabajo remunerado y capitalista; Karina, entendía que existían otras formas de trabajo, en las cuales se privilegia el intercambio y las relaciones que se crean, con los objetos y con las personas. Karina, sin ser anarquista, ni tener un discurso elaborado, mostraba desde su praxis cotidiana una relación distinta con la comida, con el tiempo y el trabajo.

3 Todo bien.

El sábado es el último día de reciclaje de comida en La Bouquería porque el domingo permanece cerrado. Esperamos a Joel para tomarnos una cerveza junto con Fernando y Karina. Joel finalmente terminó su turno, pero no pudo ir con nosotros porque tenía que ir con su familia. Así que fuimos con Fernando y Karina al bar Absenta. Fernando es amigo de Karina desde cuando vivía en la asociación para personas sin techo. Fernando es de Cantabria (España), tiene 51 años y es ciego de un ojo. Cuando lo conocí no tenía trabajo por su problema de visión y por su edad, pero ahora trabaja en Coca-Cola. Ahora Fernando va a reciclar los sábados, porque es cuando tiene tiempo libre; sin embargo, ya no lo hace por comida, sino por visitar a Karina y pasar un rato con los recicladores de La Boquería. Fernando me dice que desde que tiene trabajo se siente más tranquilo, que puede pagar su habitación y está pensando incluso en sacar un piso solo para él. Extraña el tiempo libre, pero ahora le llega dinero mensualmente. Fernando paga las cervezas y nos despedimos. Karina, antes de irnos, le dice a Fernando “patrocina Coca-Cola”.

Camino hacia El Raval, pero antes de llegar a mi casa, decido bajar hasta la estatua de Colón, volteo a la derecha y atravieso la Barceloneta para llegar al muelle. Lo que más me gusta de Barcelona es el mar. Escucho las olas y el eco de Karina que me dice: “¿Y vos, regresas a Colombia?”.

## Referencias

- Franquesa, J. (2007). Vaciar y llenar, o la lógica espacial de la neoliberalización. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 118, 123-152.
- Ibáñez, T. (2014). *Anarquismo es movimiento. Anarquismo, neoanarquismo y postanarquismo*. Barcelona: Virus.
- Pérez, W. F. (2009). Inmigración y asociacionismo (notas de viaje). *Estudios políticos*, 35.
- Robles Picón, J. I. (2010). Pequeños comerciantes: mediadores urbanos. *Revista Chilena de Antropología Visual*, 15.

## Filmografía

- Gómez Ruiz, S., Bruscianno, S. y Belk, J. P. (2014). *Cru-do*. 31.00. Barcelona: Universitat de Barcelona.